



*Reseña*

*Review*

# La semiosis social y el sistema mediático como dimensiones antropológicas del Homo sapiens

## *The social semiosis and the media system as anthropological dimensions of the Homo Sapiens*

ELISEO VERÓN (2013) *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós. Págs. 447.

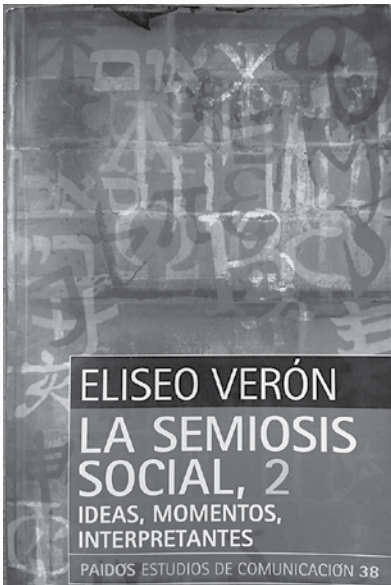
POR MARIANO LAPUENTE  
Universidad de Buenos Aires  
CABA, Argentina  
marianolapuente@yahoo.com.ar

170

*Letra. Imagen. Sonido* L.I.S. Ciudad Mediatizada  
Año VII, # 13, Primer semestre 2015  
Buenos Aires ARG | Págs. 170 a 175

Quizás, la tarea más aventurada del proyecto intelectual que se cristaliza en el último libro de Eliseo Verón sea la de observar la semiosis social como fenómeno antropológico que irrumpe en la gran historia que traza la teoría de la evolución. Desde ese mítico estallido inserto en el corazón mismo del pensamiento científico que es el Big Bang, hasta ese último espacio ocupado en la irreversible «flecha del tiempo» por nuestros días, Verón se sumerge en el riesgo entusiasta —y de ahí la aventura— de pensar los orígenes de la semiosis social y su sistema mediático como emergentes históricos en el largo proceso de la evolución natural.

Así, en el marco de una semiosis de larga duración, su propuesta presenta como primer problema el poder encontrar la hebra significativa que da inicio a la red de la semiosis. Coherente con su Teoría de los Discursos Sociales y en continuidad con su propósito de servir a la construcción de “un modelo materialista no re-



duccionista de los procesos mentales”, esa primera muestra de la actividad semiótica humana solo puede obtenerse bajo alguna forma material. Como el lenguaje hablado no ha dejado sus huellas, recién allí donde la arqueología entrega los restos materiales de primitivas trayectorias semióticas puede iniciarse la reconstrucción de la trama histórica de la semiosis.

Siguiendo los trabajos de Ian Tattersall y de André Leroi-Gourhan, Verón encuentra en la invención de rústicos útiles de la etapa de la industria de piedra conocida como “*pebble culture*”, con una antigüedad aproximada de 1,75 millones de años, esta primera muestra empírica de los procesos cognitivos del hombre: “una percusión de guijarro o canto rodado [*galet*] en un ángulo de noventa grados, destinada a producir una ‘herramienta núcleo’ cortante”. Esta pieza que soporta la inscripción de un solo estereotipo mental, constituye además en la perspectiva de Eliseo Verón, el primer fenómeno mediático que se pueda documentar o tener conocimiento seguro.

171

Este enfoque, que hace intervenir de manera fuerte a la historia, y que se comporta como el elemento distintivo de su último aporte a la construcción de una mirada analítica sobre ese objeto científico que es la semiosis social, no domina sin embargo en solitario el orden y distribución de los diversos focos de atención que propone la escritura. Por el contrario, como anticipa la operación metatextual del nombre elegido para su libro, si el título advierte sobre una continuidad con su obra clásica *-La semiosis social-* el subtítulo alerta sobre la concentración y organización de esos múltiples focos en tres grandes estaciones: ideas, momentos, interpretantes. Recorramos entonces, cada una de ellas, en esta breve reseña.

Si en términos de Peirce la tricotomía es el arte de hacer divisiones tripartitas, en esta que propone Verón las *ideas* ocupan el lugar de la primeridad: aquello que da comienzo, aquello que es fresco, original, espontáneo, libre como solía decir el padre de la semiótica. No sin razón entonces, ese comienzo reúne lo múltiple en lo uno: la semiótica de Charles S. Peirce, los procesos de comunicación y la modelización de los sistemas complejos de Gregory Bateson, la teoría de la enunciación que inaugura Émile Benveniste, la curiosa reinterpretación de los resultados alcanzados por Claude Lévi-Strauss con su lógica binaria a través de la tríada peirceana; los nuevos problemas que abrió la obra de Christian Metz, sobre todo para una semiótica preocupada por la dimensión enunciativa de las mediatizaciones, en este caso la del cine; la lingüística de Antoine Culioli, que facilita la articulación entre lingüística, semiótica y ciencias de la comunicación, permitiendo acabar según Verón con los problemas que arrastra la tradición saussuriano-benvenistiana, y por último, y en concordancia con muchas de sus últimas reflexiones, la recuperación que realiza de las ideas-fuerza desarrolladas por Jean-Marie Schaeffer en *El fin de la excepción humana*. De este, rescata principalmente dos resultados: por un lado, la destrucción que realiza del cogito cartesiano responsable del divorcio entre el hombre y la naturaleza y, al mismo tiempo, entre *res cogitans* y *res extensa*, entre vía “internalista” y vía “externalista” de acceso al conocimiento. Por otro, que puede entenderse como una consecuencia natural derivada de esa destrucción, los esfuerzos por establecer vasos comunicantes entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, entre “ciencias duras” y “ciencias blandas”. Esto coincide, a la vez que continúa, con lo que fuera el gran proyecto científico de Claude Lévi-Strauss, recordado y reivindicado siempre por Verón. Es por eso, también, que este último capítulo que cierra la primera parte destinada a ajustar cuentas con las ideas que Verón hace suyas, agrega a un autor más en representación plena de las ciencias naturales: Gerald Edelman, Premio Nobel

de Fisiología y Medicina en 1972, quien desde la neurobiología y la teoría cognitiva anglosajona, permite dar a la epistemología de Peirce un fundamento biológico no reduccionista de los procesos mentales.

Por su parte, la segunda estación del libro, *momentos*, no es otra cosa que la construcción de los fundamentos teóricos y luego empíricos de la historia de las mediatizaciones. Por esa razón, esta historia ocupa el lugar de un segundo, de lo que existe, espacio donde lo que estaba en estado potencial se impone en hechos. Si se quiere, y para utilizar un término que gustaba a Peirce, es el momento en que la potencia del primero se traduce en *correlato*. Ese primero de la historia de las mediatizaciones que son los procesos cognitivos del Homo sapiens luego de su encuentro con la materia inicia así un proceso que tendrá como correlato la historia del actual sistema de medios. Esa, que estaba en potencia, en los primeros útiles de piedra. Dicho de otro modo: los procesos de sentido que por primera vez se cristalizan en la materia se vuelven evento, generan acontecimientos, desencadenan episodios de acción/reacción que darán forma a la larga historia de las mediatizaciones con sus múltiples soportes y dispositivos técnicos y que más tarde derivarán en la actual ecología de los medios.

En esta instancia, Verón aprovecha para hacer una distinción entre “fenómeno mediático” y “mediatización”. Mientras entiende al primero como la exteriorización o la eyección de los procesos mentales con capacidad de verificación, ya que la materialidad le otorga *persistencia* (en el tiempo) y *autonomía* (de sus fuentes biológicas: los hombres), por el segundo comprende la secuencia histórica que ha seguido la genealogía de los fenómenos mediáticos.

172

Es por eso que en esta segunda parte, la mayoría de sus capítulos se encuentra abocada a la descripción del comportamiento tanto disruptivo como expansor que cada momento de esa genealogía implicó para las mediatizaciones. En esta genealogía, la industria lítica representa el punto de partida, que se continúa en el cambio que operó la escritura en relación con la oralidad, el nacimiento de la imprenta en relación con la copia manuscrita, la aceleración en la comunicación de “lo real” con el advenimiento de los fenómenos panfletarios, la grabación del instante con la fotografía y de la secuencia temporal con el fonógrafo, hasta alcanzar así la televisión y finalmente la realidad comunicacional que trajo Internet. Pero en este último caso, no sin antes generar una nueva polémica.

Pues la primera de estas polémicas aparece ya con su definición de fenómeno mediático como evento material de la semiosis, bajo el fundamento de la *autonomía* y la *persistencia* de los mensajes. Si se trabaja con estas dos condiciones, se puede observar que su uso contempla la fabricación de un adoquín pero excluye una conversación telefónica. Como el teléfono no guarda las señales que por su intermedio se transmite, ni permite que el mensaje cobre autonomía de su fuente, un adoquín termina formando parte de la historia de las mediatizaciones pero no así la red telefónica. Sin duda, si se trata de entender el sentido en lo social y lo social en el sentido, parece difícil omitir que esta red tuvo un papel destacado, por ejemplo, en la organización del sistema burocrático tan estudiado en la sociología de Max Weber o de Niklas Luhmann. De hecho, para este último, la burocracia constituyó el primer gran sistema en ocupar su atención. Y si bien para Weber la burocracia no configura propiamente lo que se conoce como un sistema social, sí representa un poder del Estado que acompañó, aseguró e hizo posible el desarrollo eficaz de la administración de las sociedades modernas. Por eso, la

eliminación del teléfono como actor tecnológico-comunicacional de todo ese proceso, con sus prácticas sociales y discursivas asociadas, y por tanto con pleno derecho a ser objeto de una historia de las mediatizaciones, al menos es problemática. Si en el marco de una teoría natural de la evolución de la semiosis esas operaciones se comportan no solo como útiles sino como lógicamente necesarias, en el proyecto que puede fijarse una historia de las mediatizaciones no dejan de tener un carácter conflictivo. Al reducir además al fenómeno mediático a la simple eyección y materialización del pensamiento, especie de petrificación de las operaciones semióticas sin necesidad de un Otro, la historia de las mediatizaciones que así se inicia aparece privada del sentido social de la reciprocidad y el intercambio.

173

Asimismo, con Internet, la polémica viene de la mano de cierta ambivalencia que recorre su capítulo “La revolución del acceso”. Por momentos, Verón parece no ver allí más que un espacio de acceso a la información y el conocimiento, un motor que todo pone a disposición y en circulación. Pero que no transforma cualitativamente el entramado textual de la semiosis. Que no innova en la introducción de los órdenes semióticos, porque el orden de lo icónico, lo indicial y lo simbólico ya se encuentran formando parte de las mediatizaciones, y por tanto, Internet no representa ningún nuevo medio. Esto llama la atención porque es un argumento fuerte que no se deriva de inmediato y de forma natural de lo que solía encontrarse en sus trabajos anteriores. Si bien estos órdenes del funcionamiento significativo lo han acompañado siempre en la tarea de organizar una historia de los medios -siendo el simbólico el primero en integrar el espacio mediático a partir de la escritura, para ser seguido por el orden icónico de la figuración con la fotografía y el cine y finalmente por el orden de lo indicial que funda la singularidad del contacto televisivo-, no aparecían en sus obras anteriores como los únicos determinantes legítimos a atender si se quería diferenciar un nuevo medio de otro que no lo era.

Sin embargo, en otros pasajes, a la idea de Internet como simple transformador en las condiciones de circulación de los mensajes que parece por momentos dominar su perspectiva, agrega otra referida a Internet como fenómeno que plantea “tres cuestiones cruciales, profundamente políticas”, y de las que “el acceso al conocimiento y la cultura” solo representa una, mientras que “la relación con el Otro” y “el vínculo del actor social con las instituciones” completan el esquema. En este esquema, además, la cuestión del reacomodamiento de la frontera entre lo público y lo privado, la pregunta por las redes sociales como gestoras del vínculo social con sus tres dimensiones semióticas de lo afectivo, lo factual y lo normativo, como así también la construcción de la identidad del actor a partir de su “capacidad de operar sobre mecanismos institucionales de muy diversos tipos” parecen cuestionar ese reduccionismo inicial y reacomodar la impresión causada por el modo de definir un fenómeno mediático.

De lo que no cabe duda, es que llegados a la tercera y última estación, *interpretantes*, nos encontramos ingresando al lugar de mayor apuesta teórica. Acá intenta establecer instrumentos nuevos para el estudio de los medios, sobre todo en relación con los problemas complejos y singulares de la recepción. Interpretante entonces, que en tanto tal no se comporta solo como signo equivalente sino como uno más desarrollado. Lo que significa un paso hacia adelante en la mediación que cumple por definición un tercero. Tercero peirceano (que en este caso lo ocupa el modelo teórico que se propone para el estudio de la recepción), que media entre la mente a la que se dirige (la del observador/ investigador de los medios) y el objeto representado (es decir, la producción, circula-

ción y reconocimiento del sentido social mediatizado). Todo un esquema, que ilustra sin duda el refinamiento teórico con el que desafía al lector.

Es así que en esta mediación que cumple su teoría, es decir, en esta sociosemiótica que Verón renueva, ocupa un lugar clave su capítulo destinado a la descripción de las llamadas “lógicas sistémicas sociales y socioindividuales” que introduce de la mano de Niklas Luhmann, que sirve para plantear una hipótesis que siempre estuvo implícita en su teoría: producción y reconocimiento se encuentran en desfase porque responden a *lógicas cualitativamente distintas*, y no simplemente porque el conjunto de condiciones discursivas que las determinan no coinciden nunca punto a punto.

Para explicar esta diferencia de orden y no de tipo, se aparta de la semiótica y se centra en la teoría sociológica de Luhmann, que le permite distinguir entre sistemas psíquicos —para Verón, sistemas socioindividuales— y sistema social. El cambio de acento se explica porque Verón piensa que las operaciones de la semiosis entre ambos sistemas son isomórficas. La diferencia no se debe entonces a un orden semiótico que es del mismo tipo en uno y en otro, sino de organización autopoietica de los sistemas. Luhmann critica la idea según la cual los individuos forman parte, son componentes de la sociedad. Por eso reclama entender que “los individuos no están dentro sino fuera de la sociedad”. De este modo cada sistema se presenta como entorno del otro y cada uno se comporta a su vez como un sistema autorreferencial y autoorganizante. Haciéndose eco de la perspectiva luhmanniana Verón precisa: “Los sistemas sociales tienen como entorno los sistemas psíquicos, y los sistemas psíquicos tienen como entorno sistemas sociales”. Es esta diferencia sistema/entorno, clave en la teoría de Luhmann, junto con la relación de *interpenetración* que ellos mantienen —dado que un sistema presta al otro su estructura sirviendo así a su desarrollo— lo que permite explicar de mejor manera, según Verón, el desfase permanente que se observa en la interface producción/reconocimiento.

174

De aquí en más, Verón despliega toda una serie de problemas e instrumentos conceptuales para lograr un abordaje de esta diferencia y una integración mejor entre su teoría y la teoría de los sistemas de Luhmann. En este proceso caben dos observaciones que pueden ayudar a dar una idea del valor que tiene prestar atención a esta última parte que, como un *après-coup*, parece resignificar hacia atrás toda su obra.

Una, su trabajo permite redescubrir la complejidad que significa analizar el actual sistema de medios, cuando este ha conseguido integrar en su seno la semiosis de los sistemas socioindividuales que los medios broadcasting no podían capturar sino bajo formas discontinuas y mínimas. La otra, que una semiótica que pretenda comprender el actual escenario en el que se encuentran las sociedades complejas y sus formas de configurar la producción social del sentido, no puede prescindir de una historia evolutiva que todo lo integra, en un proceso que Gregory Bateson no dudaría en calificar de estocástico, dando razón, aunque no racionalidad, a muchas de las condiciones que hoy afectan la estructura de ese escenario.

Por eso mismo también, muchas veces se tiene la impresión que lo que recorre de punta a punta cada una de las partes de este libro, sin importar el nivel en el que se encuentran los problemas abordados ni la forma que toma la totalidad que los incluye, es la construcción de una única pieza que vendría muy bien tanto para explicar los modos en que esos niveles se aglutinan, las formas en que se encadenan, como las regularidades que los organiza. Esa pieza bosquejada, y aún inconclusa, sería una *teoría de*

*los fenómenos emergentes*. No importa si esta pieza trabaja sobre el origen del lenguaje, el derrotero evolutivo de los medios, o en dilucidar el modo que la semiosis encastra en las estructuras relacionales de lo social que la vida biológica hace posible. Su servicio sería útil, tanto para esto, como para dar una mano en la comprensión de los mecanismos de diferenciación del sistema de medios en subsistemas cada vez más especializados, y seguro también, en esa extraña sensación de aceleración del tiempo histórico que le preocupaba a Verón.

Quizá, esa semiosis de los sistemas socioindividuales que logra ser capturada por el sistema mediático, y la necesidad de afinar una teoría de los fenómenos emergentes, no sean del todo malas elecciones para continuar esa semiosis en vida que fue Eliseo Verón.

